

● Álvaro Daniel Reyes Gómez¹

Imágenes de niños informacionales

Borges sabe que las escasas "páginas válidas" escritas no lo salvan ni del olvido ni de los otros: perduramos más en los recuerdos de un instante vivido con alguien que en los garabateos textuales de una vida. Al mismo tiempo, re-descubrió que en estos terrenos llueve sobre mojado: estamos como condenados a escribir sobre lo escrito. Estas líneas son incapaces de apartarse de tales destinos, o de las ideas de dos argentinos: Cristina Correa e Ignacio Lewkowicz; su libro, *Pedagogía del aburrido*, es sugerente respecto a la lectura y su organización en los raudos tiempos que corren. Sobre esto se garrapatea aquí.

Se comparte la tesis de estos autores, según la cual, hoy, desde los más niños hasta algunos de los más viejos intentamos armar, constituir y organizar una subjetividad mediante el intento de frenar el incesante flujo que desvanece y quita consistencia a todo. Para restarle algo de lo oscuro a esta formulación se intenta dar un ejemplo con el fenómeno Harry Potter. Éste admite por lo menos dos lecturas: una de estilo novelístico y otra, de carácter infantil; la última es una lectura hecha en términos de "poderes, de distintas realidades, de configuraciones".

Pero, ojo, que no se crea que con Harry los niños volvieron a leer. No. Allí hay algo distinto, ellos aparecen más como "usuarios", no son meros lectores de una novela. Los niños tratan de agarrar algo en Harry Potter jugando a las cartas, disfrazándose, comprando productos, entrando a páginas y juegos en Internet, o viendo películas, que repiten una y otra vez. Lo interesante es pensar qué y cómo con cada una de estas acciones se arma una especie de hipertexto, y, en ese sentido, no es más importante la lectura del libro que los juegos, o el disfrazarse, o la compra de láminas o gaseosas, sino que todas ellas son OTRA COSA. Sí; así, en mayúscula.



Los niños tratan de agarrar algo en Harry Potter jugando a las cartas, disfrazándose, comprando productos, entrando a páginas y juegos en Internet.

Lo corriente suele ser que el educador maestro, los adultos y los padres insistamos en privilegiar la lectura que forjaba sujetos y subjetividad en los albores de otros siglos sin ver ni oír ni oler; hoy, eso no se puede hacer, porque nada lo puede sostener. Y, entonces, los niños y los adultos requerimos inventar otros dispositivos.

Algo de todo esto quizás lo avizoró Borges y otros antes y después de él. Es colosal la magnitud de lo producido frente a fenómenos mediáticos como Harry Potter: discos compactos, películas, álbumes, lápices, maletas, ropa, objetos, más objetos, más etcéteras y todo lo que sea capaz de soportar imagen. Toda esta parafernalia en sí

misma no puede hacer texto ni sólo escritura, pues para que algo sea texto requiere conseguir unidad y coherencia: ser conjunto. Mientras que si se escucha con cierta calma y se evita la tentación de intentar trazar un círculo imaginario sobre todos esos heteróclitos productos para hacerlos aparecer como un conjunto; es posible, acaso como Ulises contemporáneos, abrir las orejas y cerrarnos al encanto visual para percibir cómo los fenómenos comunicacionales fluidicos ahora parecieran ser de tal cualidad que nos inundan, aceleran y sobrepasan, dejándonos como a Arquímedes y su tortuga: sin posibilidad de alcanzarlos. Requerimos ser tortugas: lentos de tiempo para subjetivar, para apropiarnos de algo consistente. Es decir, para tener Ley.

Óigase a los dos argentinos a quienes este texto intenta seguir: "En tiempos estatales, en tiempos escolares, en tiempos de solidez, la lectura es una operación que deja marcas. En tiempos de fluidos, la lectura es una operación de producción de imágenes".

Aseguran ellos que hasta hace poco, la lectura facilitaba la instauración del ciudadano. Hoy, el asunto cambió. Al tratar de leer a la manera de niños informacionales se intenta "desacelerar", bajarle "el ritmo trepidante al flujo incesante" e intentar habitar el tiempo.

Este escrito va también "a toda", e intenta en vano decir mucho en poco. Enfrentado a ser breve, este texto convida a rumiar los niños informacionales, a investigar, no por lo que ven e interpretan, sino por lo que hacen en y con los fenómenos ejemplificados aquí por medio de Harry Potter. En otros términos, pensar, pensar: detenerse antes de juzgar con el adulto ojo.

Unas letras más. Se convida a indagar qué más hacen hoy los niños en y con los hipertextos. No lo sabemos, es un acontecimiento. Quizás convenga el recato para deliberar estos fenómenos envolventes tanto para adultos como para niños.

A quien esto escribe le resuenan las palabras lanzadas por una mujer de once años, cuando, demasiado presuroso, creyó entender qué hacía ella con uno de estos fenómenos y se atrevió a interpretarla: ella, acaso heredera de las sofías griegas, atinó al decirle: "Abusivo, cómo se atreve a hablar de algo que no sabe". Así es el camino del conocimiento: suele aparecer vestido de inesperados ropajes. ●

¹ Docente, Fundación Universitaria Monserrate. Magister en literatura y amante del psicoanálisis.